

Rodríguez García, Huáscar; Quispe Escobar, Alber (2021).
La guerra irregular en los Andes Orientales. Microhistorias de las guerrillas de Mizque, Vallegrande y Santa Cruz 1810-1824. La Paz: Centro de Investigaciones Sociales, 316 págs.

En julio de 2021, en la colección *Teoría e Historia* del Centro de Investigaciones Sociales, se publicó *La guerra irregular en los Andes Orientales. Microhistoria de las guerrillas de Mizque, Vallegrande y Santa Cruz 1810-1824*, de los investigadores Huáscar Rodríguez García y Alber Quispe Escobar. La obra examina el intrincado devenir, no solo de las olvidadas guerrillas independentistas de los valles cochabambinos y cruceños, sino de los individuos y las prácticas sociales que conformaron la época.

Los autores, a partir de un nuevo enfoque, exploran y reinterpretan fuentes documentales e información bibliográfica publicada en torno al periodo histórico elegido. Contrastando y comparando los distintos estratos de memoria registrados en las fuentes, desplegando herramientas de comentario y análisis de textos históricos, para luego a partir de ahí intentar mostrar un nuevo camino interpretativo sobre la guerra irregular en el proceso independentista de

Charcas, a partir de cuatro ejes convertidos en secciones.

La primera parte del texto aborda las estrategias y el devenir de la insurgencia, teniendo como hilo conductor la cronología de los movimientos guerrilleros ubicados en el territorio entre Mizque y Vallegrande, identificando cada etapa a partir de los líderes de la lucha, pues cada uno de ellos marca con su sello personal las estrategias insurgentes seguidas.

En medio del relato, se recuperan personajes que, si bien pudieron haber sido mencionados en otros estudios, adquieren en la obra de Rodríguez y Quispe un nuevo papel trascendente, como es el caso de Manuel Rojas, alias “El Curitu”, prototipo del jefe guerrillero y a la vez bandido social, quien en su actuar ilustra la complicada participación indígena y popular en el proceso; mostrando que los actores del mismo tenían –en muchos casos– intereses que iban más allá de sólo la defensa de la “patria”, evidenciando, además, la

complejidad del momento y alta politización de los individuos en una situación tan extrema como la guerra.

En la sección “Los problemas del aparato político-militar” los autores muestran la logística implementada por los grupos insurgentes de los Andes orientales, lo que los convirtió en una verdadera fuerza combativa, permitiéndoles sobrevivir y organizar la información, el espionaje y el régimen interno; dándoles mayor posibilidad de triunfo.

Tarea que, como evidencian los autores, fue compleja, más si se tiene en cuenta que en estos grupos participaron individuos con poca o ninguna experiencia militar, lo que ocasionó que la indisciplina, la desertión y las pugnas internas fueran constantes en el territorio de Charcas, particularmente en la región estudiada por Rodríguez y Quispe. Esto a pesar del evidente proceso de militarización que la sociedad experimentó sobre todo a partir de la llegada de Juan Antonio Álvarez de Arenales, quien organizó la denominada División de Cochabamba, la que se vio afectada por la manifiesta rivalidad surgida entre Arenales e Ignacio Warnes. Este último había sido designado comandante de Santa Cruz. Dicha disputa, como se evidenció, perturbó el modelo organizativo que se pretendía imponer, lo

que influyó en muchas ocasiones en la efectividad y maniobrabilidad de las partidas insurgentes, terminando por dar la ventaja a los realistas.

El siguiente tópico tratado en el estudio evidencia la difícil coyuntura de la guerra irregular, la que, por ser una situación excepcional, dio paso a prácticas como el pillaje, la extorsión, el bandolerismo y otras que lindaban en lo criminal, macabro o destructivo, actitudes que, en momentos de paz, serían consideradas como actos delincuenciales; pero que, por el momento de anomia social se convertían en estrategias válidas para lograr la destrucción del enemigo. Por ello, no solo los insurgentes hicieron uso de estas prácticas, sino también los realistas.

A estas estrategias de acción directa, como evidencian los autores, se sumaron prácticas en alguna medida reconocidas de manera legal o que en apariencia parecían serlo, tales como la confiscación, penalización y los empréstitos de guerra, medidas que se justificaban a partir del mantenimiento y financiación de la lucha irregular. En la obra de Rodríguez y Quispe se menciona, como caso emblemático, el de la hacienda Sauces en Mizque, que a lo largo del proceso de insurgencia pasó por un largo litigio por la propiedad, además de ser objeto en varias oportunidades de saqueos y destrozos.

La última sección del trabajo desenmaraña los conceptos y las construcciones políticas y religiosas del lenguaje que, si bien se nutrieron en el antiguo régimen, lograron un nuevo nivel durante el proceso insurgente, resignificando palabras como patria, libertad, sacrificio patriótico, etc. Dando paso, como mencionan los autores, a nuevos símbolos, nuevos sentidos y nuevas figuras, pero ya no en el mismo sentido que propugnó la historiografía nacionalista, sino en un sentido mucho menos romántico-heroico, en un sentido más terrenal, falible, humano en el que los personajes —ya

sea individuales o colectivos— no siempre están motivados solamente por lo heroico, sino también por las necesidades, los intereses y la conveniencia.

Para concluir, cabe mencionar que, a partir del texto de Rodríguez y Quispe, se abre un nuevo camino de interpretación del proceso de independencia de Bolivia, visibilizando la contienda, los personajes y las actitudes de los insurgentes de los Andes orientales de la hoy Bolivia, aspecto al que se le prestó poca atención. En esto radica la virtud de un texto que obliga a sus lectores a repensar el proceso histórico.

Ricardo Carlos Asebey Claire
*Docente de la Carrera de Historia
 en la Universidad Pública de El Alto.
 asebeyricardo@gmail.com*